

¿Paz inútil?

De la lectura del juicio que al senador norteamericano Tom Connally merece el plan de Dumbarton Oaks, surge la sospecha de que la paz de esta guerra puede llegar a ser tan inútil como la paz de la guerra anterior. En ese juicio, en efecto, así como en otros emitidos anteriormente sobre el particular, sólo se habla de una organización cuyo papel será el de impedir, en último caso por las armas, las agresiones y las guerras, sin que se diga una sola palabra acerca de otra organización cuyo papel fuese el de estudiar el modo de suprimir las causas de esas agresiones y de esas guerras. Esta omisión, ya reiterada, hace pensar que si bien el plan de Dumbarton Oaks podrá establecer la paz que las cuatro grandes naciones desean, esa paz no será natural sino forzosa, y hasta ahora, que sepamos, ninguna paz forzosa ha resultado ni eterna ni útil. Al contrario, ha servido para que la próxima guerra fuese más violenta ~~que~~ que la anterior.

La paz que se vislumbra no es, por eso, la paz que muchos deseamos y esperamos y aunque es cierto que las grandes y poderosas naciones no pueden tomar en cuenta las esperanzas y los deseos de éstos o aquéllos -- tampoco existe una organización destinada a ese objeto -- no es por eso menos cierto que aflige el alma ver cómo, después de esta horrenda y estúpida guerra, el porvenir que se está fabricando no ofrece a la humanidad con suelo ni tranquilidad alguna.

Antes de la guerra, la mayoría de las naciones estaban llenas de problemas que no podían solucionar por sí mismas -- y quizá si más de alguna de ellas entró a la guerra con la esperanza de que ésta les trajera una solución --; después de la guerra, y como consecuencia de ella, esos problemas serán mucho más graves. Abandonar a esas naciones a su destino, imponiéndoles, además, una paz apoyada en flotas aéreas o marítimas, significa ni más ni menos que haber sacrificado a millones de seres para quedar, al fin, en la misma situación que antes. Y no era eso lo que se decía y lo que se ofrecía.

25
[La humanidad gozará de una paz digna solamente el día en que ésta sea organizada sobre bases racionales y, sobre todo, el día en que los poderosos y grandes, sean hombres o países, se den cuenta de que no es posible que en este mundo sigan existiendo la abundancia junto a la escasez, la estrechez junto a la amplitud y el egoísmo junto a la miseria y la angustia. De otro modo, tendremos siempre guerras y revoluciones, sean cuales sean los planes que los grandes y los poderosos organicen.]

Manuel Rojas

CELICH UC

Centro de Estudios de Literatura Chilena

Sucesión Manuel Rojas ©